



Manuel Marinello

# Magín el aventurero

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Manuel Marinello**

## **Magín el aventurero**

### **1. La familia de Magín**

En un viejísimo caserón de una de las más viejas calles de la ciudad, vivía un mísero hojalatero algo corto en el oficio, que apenas ganaba para sostener a su familia.

La mujer, deseosa de ayudar en lo posible a su marido, después de despachar los quehaceres domésticos, dedicaba el tiempo a remendar la ropa del vecindario, con lo que ganaba buenos cuartos. [8]

Era este un matrimonio activo, y hubierais visto, todos los días laborables, en la pequeña tienda de la vieja calle, al hojalatero Magín soldando y componiendo viejos cachivaches de hoja de lata, porque no sabía casi hacerlos nuevos, y a su mujer Celia, remendando sin cesar ropa de uso, sentada a su lado.

La tienda era reducida, oscura y fea, pero tranquila a más no poder; sobre todo cuando los tres hijos del hojalatero se hallaban en la escuela gratuita del barrio.

Estos eran Magín, el mayor, que se llamaba como su padre y contaba doce años; Roque, que contaba diez, y Colás, ocho.

Los tres hermanos eran, como suele suceder, completamente distintos de fisonomía y de carácter. Magín, inquieto y bullicioso no tenía otro deseo, que sacudirse la miseria de encima; Roque, parecía conformarse con la situación de sus padres y no aspiraba más que a tapar agujeros con estaño y a poner asas y pitorros de hoja de lata a los viejos utensilios que le llevasen.

En cuanto a Colás, si bien no aparecía aún formado su carácter, notábase a la legua que sería un joven sensato dotado de grandes energías. [9]

Las comidas de la familia eran frugales; el oficio no permitía regalar cinco bocas y la remendería apenas si bastaba para zapatos y delantales.

Hay que hacerle justicia al matrimonio: sus hijos aunque pobremente vestidos, mostraban en sus ropas, en su cara y en sus manos la más plausible limpieza.

Una noche en que la modesta familia estaba reunida en torno a la mesa, a la luz de un viejo velón, Magín, que tenía la cabeza llena de viento, pidió permiso para exponer lisa y llanamente un plan que había concebido a fin de arrojarse la miseria de encima.

-Venga tu plan, hijo mío, -contestóle su padre- a ver si podemos seguirlo todos.

-¡No, todos no; -contestó rápidamente Magín- es para mí, para mí solo!

-¡Egoísta estás, hijo mío! - dijo la madre, mirándole sorprendida.

-¡Es que mi plan, sólo puede realizarlo uno!

-Vamos a ver.

-Es muy sencillo. Aquí viviendo juntos nos pasaremos la vida entera remendando cachivaches de hoja de lata: viviremos pobres y pobres moriremos sin haber disfrutado de la vida, sin haber [10] tenido dinero sobrante un solo día. En vano esperaremos que pase la fortuna porque no pasará. -¿Y quién espera a la fortuna, Magín? -interrogó el hojalatero.

-Venga tu plan, hijo mío.

-¡Yo la espero, padre mío! Quiero ser rico y poderoso y como sé que la fortuna no ha de venir a buscarme en esta cueva de lobos en que vivimos, pienso salir en su busca, hasta dar con ella.

-No está mal; ¿pero ya sabes a punto fijo donde vive esta señora? [11]

-No me importa; con tesón y buena voluntad se logra lo que se quiere: así es que les pido a ustedes permiso, padres míos, para dejar su compañía.

-¿Te quieres ir, Magín? -exclamó su madre sorprendida.

-¡Sí! ¡Quiero mejorar mi situación! ¡Quiero ganar dinero, mucho dinero y protegeros a todos!

-No te apures por nosotros, hermano -observó Roque- ya nos defenderemos con la tienda de nuestro padre.

Colasillo, añadió:

-¡Y qué! ¿No podemos ensanchar el taller? ¿No podríamos ser lampistas y hojalateros a la vez?

-Eso es muy largo, hermano -replicó Magín-, cuando tú seas lampista, yo ya tendré varias casas en la ciudad.

El padre, que era hombre de pocos alcances, contempló a su primogénito admirado de su aplomo, diciendo para sí:

¡Este chico hará carrera! ¡Vaya si hará carrera!

La madre, algo más inteligente, se atrevió a oponer algunos obstáculos al plan de su hijo mayor. [12]

-¿Con qué piensas abandonarnos, Magín? ¡Es que te crees bastante instruido y bastante fuerte para irte solo por esos mundos de Dios! ¿Con que quieres trocar por la vida callejera llena de privaciones, de peligros y sinsabores, la tranquila existencia que llevamos?... Piénsalo bien, hijo mío: eso es una locura de niño impetuoso.

-Madre mía; hace muchas semanas que pienso en ello: quiero salir de esta calle, de este barrio de esta ciudad; quiero seguir mundo y ver otras ciudades y otros países, y buscar la manera de enriquecerme en poco tiempo.

-No nos opongamos a los deseos de Magín, -observó el padre vencido por la charla del mozuelo.

-¡Pero, si es tan niño!

-No importa, pequeño como él vine yo de mis montañas; la cuestión es que tenga entendimiento.

-¿Es decir que le das tu permiso para que se aleje de nosotros?

-¡Sí, Celia, sí; le doy mi permiso y mi bendición; que el buen Ángel le acompañe en sus aventuras y lo vuelva sano y salvo a nuestro lado!

-Magín se acercó a su padre, y éste, en medio del mayor silencio, le bendijo solemnemente. [13]

La madre y los hermanos sintieron que les subía un nudo a la garganta al pensar en la separación, pero se aguantaron.

Magín entonces con la mayor resolución dirigió a su familia el siguiente sermón de despedida.

-No hay que afligirse porque yo me vaya: de poco os serviría aquí, ya sabéis que aborrezco el oficio, la casa y la calle: además, puedo irme tranquilo; vosotros, Roque y Colás, cuidaréis de nuestros padres y procuraréis que no les falte nada y, entre tanto, yo buscaré la manera de enriquecerme y enriqueceros a todos. Por mi parte, prometo no volver que no sea en carruaje. Lo que sí os ruego es que evitéis la triste violencia de la separación: démonos por despedidos desde ahora y no me preguntéis el momento de la partida. Vamos, venga un abrazo, que poco tardaréis en tener noticias mías.

Magín, uniendo la acción a la palabra, abrazó a su padre y a su madre besando su diestra en señal de sumisión; luego abrazó y besó a sus hermanos. Al llegarle el turno a Colás éste miró de un modo tal a Magín que el aventurero no pudo menos de preguntarle lo que pensaba de su partida.

El niño se encogió de hombros y nada respondió [14], pero luego acercándose a su madre le dijo al oído:

-Magín es un tonto de capirote.

La madre apagó la frase poniéndole una mano en la boca.

Una hora después el hojalatero, y su familia se habían acostado.

## 2. Magín en plena libertad

¡Cuán larga y cuán blanca aparece la ancha carretera!

El sol que va asomando poco a poco por Oriente su brillante disco, ilumina ya la verde llanura convertida en una huerta frondosa, gracias a la actividad del hombre.

Las carreteras son como enormes lazos que unen unas poblaciones a otras; como venas de un propio cuerpo que distribuyen entre los mismos pueblos de una nación los productos más variados; como ramitas de un propio árbol cuyas ramas principales son las vías férreas.

Un airecillo fresco mueve las hojas de las dos hileras de árboles que dan sombra a la bien cuidada [15] carretera; en sus ramas pían con monótono sonsonete las primeras nidadas de gorriones, y con paso tardío, haciendo resonar los cascabeles de sus guarniciones empolvadas, van desfilando lentamente por la polvorienta vía los carros cargados de frutas y verduras, que se dirigen al mercado.

En dirección opuesta a la de los carros...

En dirección opuesta a la de los carros, anda Magín, con sus zapatos claveteados, su gorra nueva y su bastón al hombro, en el que sostiene un lío de ropa que se ha arreglado.

El decidido Magín ha salido de su casa antes de alborear; se ha despedido en silencio de su padre, de su madre y de sus hermanos, y dejando entornada la puerta de la tienda se ha alejado de [16] la vieja casa a grandes pasos, sin volver la cabeza, para no llorar, y santiguándose con aire decidido, ha ido en busca de la carretera de la cual tiene recorridos ya unos cuatro kilómetros.

-¡Iluso Magín! Ya estás en plena libertad: ya tienes abierto ante ti el mundo entero, pero, ¡repara cuán pequeñito eres perdido en esta llanura! Poco más abultas ante la creación que

estos gorriones que desde el nido calentito piden su becada, y poco menos que esos infelices mulos que, uncidos al carro de su dueño, recorren lentamente la ancha carretera con la cabeza gacha, como si pensasen en sacudir el yugo que les agobia! ¿Adónde vas, Magín? ¿Adónde te diriges?

¡No lo sabes! ¡En tus ojos leemos que no lo sabes! ¡Andas a la ventura como si no tuvieras cerebro para raciocinar! ¡Cómo si fueses una hoja seca arrastrada por el vendaval!

¡Magín, Magín! ¡Raciocina, reflexiona, que para esto te dio un alma racional el Criador de todas las cosas!

Esto le hubiéramos dicho a nuestro aventurero de habernos cruzado con él en su camino, pero [17] Magín a nadie halló que le hiciera reflexión alguna, y con el loco afán de ver mundo, de correr aventuras, anduvo cuatro horas de un tirón sin detenerse en los dos pueblecitos pintorescos que halló a su paso.

No obstante el entusiasmo de Magín por andar, por llegar cuanto antes a una ciudad populosa, pronto el hambre y el cansancio le avisaron que era ocasión de reposar y tomar algún alimento.

Sentóse el pequeño caminante al borde del camino y deshizo el lío que llevaba al hombro: entre las prendas de ropa que había colocado en el mismo, halló envueltas en un pañuelo, doce pesetas, y anudada en otro, una medalla de plata con la imagen de San José.

Al acto conoció que el dinero procedía de sus padres. ¡Qué sacrificio les habría costado reunirlo! Seguramente para darle a él las doce pesetas se habían quedado sin un céntimo en casa!

En cuanto a la medalla de San José era cosa de Colás; el aplicado niño la había ganado en la escuela dominical, a la que asistía también, y la cedía a su hermano como recuerdo.

Tocante a Roque, se veía que no había colocado en el fardo objeto alguno. [18]

No se le había ocurrido seguramente ¡era tan corto!

Magín halló un pedazo de tocino y otro de pan y se puso a comer con un apetito envidiable: luego bebió un poco de agua de la que llevaba en una botella y dedicó un ratito al descanso.

La fatiga era mucha y el ratito se volvió un rato más que regular.

Cuando Magín abrió los ojos y se desperezó, ya era media tarde.

El sol, camino del ocaso, hería oblicuamente con sus rayos los árboles de la carretera que proyectaban en el polvo blanco su estirada silueta.

La brillantez de la llanura, con sus infinitos verdes, se iba apagando confundiéndose todas las plantaciones en una nota común de un verde indefinido: por la carretera no circulaba carro alguno y se la veía serpear hasta perderse de vista entre los maizales, los campos de trigo y los viñedos en pleno retoñar.

Magín, por primera vez en su vida, comprendió que el mundo era infinitamente grande, y que tal vez había cometido una locura al abandonar el hogar paterno.

Esta reflexión fue empero, momentánea: el afán de brillar, de sobresalir, de encumbrarse, de enriquecerse, [19] en fin, apagaron rápidamente el primer desmayo de su alma, y emprendió de nuevo la marcha.

Tres horas después, desde una pequeña altura hasta la cual subía la carretera vio desplegarse ante sus ojos en hermoso anfiteatro una ciudad al parecer muy grande, que ocupaba una inmensa extensión de terreno.

El sol acababa de recorrer el último trecho de su diaria ruta, y entre el enorme montón de casas de la ciudad titilaban las primeras luces públicas que iban aumentando a cada instante.

Magín levantó los brazos al cielo como si hubiese llegado a la tierra de promisión, y cobrando nuevos bríos, emprendió el descenso de la pequeña altura con ánimo de llegar a la ciudad antes que cerrase la noche.

A medida que iba avanzando, parecían correr a su encuentro los edificios de los suburbios cercanos a la carretera: aquí y allá comenzaba a dar con algunas casas, y a cada instante era mayor el número, de gente que hallaba en su camino: notó que llegaba hasta él el estridente silbar de varias locomotoras, y su trajín fatigoso al arrastrar en pos de sí los pesados vagones. [20]

Levantó los brazos al cielo...

Estos detalles ensancharon su pecho de un modo indecible y abrieron su corazón a la esperanza... [21]

### 3. La primera aventura

Apenas nuestro iluso viajero o explorador, que ambas cosas a la vez era Magín, comenzaba a rondar como un perro extraviado por las primeras calles de la ciudad, se le acercó un chico de unos catorce años, preguntándole qué buscaba.

-¡Qué he de buscar! -respondió Magín- una posada modesta donde cenar y dormir por poco dinero.

-Eso me presumía yo -continuó el otro-, seguramente habrás andado un largo trayecto.

¡Ya lo creo! ¡Más de diez horas!

-¿Y vienes a la ciudad en busca de trabajo? Sí: ¡de trabajo bien retribuido!

Y ¿conoces a alguien en la ciudad.

-¡A nadie!

El chico se rió a mandíbula batiente de Magín.

-¿Y que oficio es el tuyo? [22]

-Hojalatero; ¡pero no quiero hacer del oficio, sino otra cosa mejor!

Nueva carcajada del chico.

-¿Por qué te ríes así?

-Porque en esta ciudad sobra de todo y no hallarás donde trabajar, seguramente.

-¡Ya veremos! ¿Y tú qué oficio tienes?

-¡Soy recadero!

No me gustaría este oficio. ¿Quieres indicarme una posada? ¡Me estoy cayendo de fatiga!

-A ella vamos. ¿Cómo te llamas?

-Magín.

-¡Magín! ¡Es un nombre muy sonoro!

-A mí no me gusta.

-¿Por qué?

-No sé, quisiera llamarme Alejandro, Guillermo, Wifredo, Conrado...

Nueva risotada impertinente del improvisado amigo.

Magín, amoscado, le preguntó: ¿Cómo te llamas tú?

-¿Yo? ¡Silvestre!

-¡Qué nombre más feo!

-No puedo cambiarlo; pero todos los nombres son iguales; toma ahí tienes la posada.  
[23]

Con efecto, los dos muchachos habían llegado frente a un fonducho en el cual cenaban algunos obreros.

-Toma, ahí tienes la posada...

A Magín le pareció la fonda tan mísera como la casa de sus padres, pero nada dijo. Una noche [24] mala cualquiera la pasa, pensó; y mañana en pleno día buscaré mi acomodo.

Sentóse Magín en un rincón y pidió una sopa y un poco de carne que devoró con un hambre atroz.

El otro muchacho le contemplaba con una cara pícara que hubiera alarmado a cualquiera, menos al tonto de Magín.

Cuando el aventurero hubo aliviado un poco su torturado estómago, pidió un cuarto para acostarse y se echó a la cama, durmiendo toda la noche de un tirón.

Cuando nuestro amigo despertó, estaba ya el sol muy alto:

-¡Canario! -exclamó al abrir los postigos de la desvencijada ventanucha-. ¡No creía que fuera tan tarde!

Lavóse rápidamente, vistióse en el acto y luego comenzó a dar vueltas por el cuarto como un pájaro acabado de enjaular.

-¿Y mi lío? -iba diciendo- mi lío, ¿dónde lo habré dejado? Me parece que lo subí al cuarto. ¡A ver! [25]

Llamó al posadero y le preguntó por su pequeño fardo.

-¿Era uno de un pañuelo encarnado?

-El mismo.

-Su amigo de usted se lo llevó.

-¡Qué amigo! ¡yo no tengo amigos en esta población!

-Aquel jovencito que vino con usted.

A Magín le dio un vuelco el corazón.

¡Infame! -exclamó- ¡Me ha robado miserablemente! ¡Por fortuna me metí el dinero en el chaleco! ¿Cuánto es mi cuenta?

-Seis reales.

-¡Ahí van, y abur!

-Pero no es esto todo.

-¿Qué falta más?

-¡La cena de su amigo!

-¡Cómo! ¿He de pagar la cena de aquel bribón además?

-¡Ya lo creo, cenó con usted!

-¡Pero yo creía que él pagaría la suya!

-¡Pues, no pagó, y no saldrá usted de aquí que no pague!

-¿Y si no quiero pagar?

-¡Entonces nos veremos las caras!... [26]

Magín no conocía en la ciudad a nadie absolutamente, así es que deseoso de salir de las manos del posadero, preguntó:

-¿Y cuánto importa la cena de aquel pillo?

-Sesenta céntimos.

Magín arrojó una peseta sobre el mostrador, embolsó el cambio y salió a la calle mucho más ligero de lo que había entrado en la posada.

Estaba el chico del peor talante; su primera aventura le había puesto de mal humor.

No le faltaban motivos, pues en una sola noche había perdido más de la sexta parte de su capital y el lío de ropa que trajo de casa.

En verdad que no era despreciable lo que en el lío había, pues llevaba en él, su traje de los domingos, un par de camisas, un par de calzoncillos y un par de zapatos nuevos y ligeros.

Para un caminante como él, la pérdida era terrible y así lo comprendió de momento; no obstante, optimista como era y confiado en extremo en sí mismo, pronto se consoló del percance haciéndose las siguientes reflexiones.

-Verdad es que me hará mucha falta la ropa que aquel pillastre me ha robado, pero por otra parte el lío era para mí un estorbo. ¿Adónde [27] iba con el bulto en la mano? Ahora estoy libre, no he de llevar nada y puedo meterme donde me plazca.

Ciertamente que el que no se consuela, es porque no quiere.

#### 4. Agencia de colocaciones

La ciudad donde se hallaba Magín, no era una población vieja, agrícola y pacífica, como la de sus padres, sino por el contrario moderna, industrial y manufacturera, y por lo mismo, animada y bulliciosa.

Nuestro amigo andando a tontas y a locas llegó al centro de la ciudad, y se embelesó contemplando sus anchas calles formadas por hermosas casas modernas en cuyos bajos se destacaban lujosos comercios de todos los artículos que se pueden pedir en una tienda.

-¡Eso es vida! ¡Animación, riqueza! -decía Magín.- Voy a sentarme en un poyo de esta hermosísima plaza, y pensar qué oficio voy a escoger.

Hízolo como dijo, y tomando asiento en un cómodo [28] banco de mármol que había, paseó la mirada a su alrededor. La plaza era bellísima; desembocaban en ella seis hermosas calles. Además de las lujosas casas particulares que tenían su fachada en la plaza, destacábase una preciosa iglesia gótica, un soberbio edificio de piedra labrada, que era el banco principal de la ciudad, y las Casas Consistoriales, grandiosas y de reciente construcción.

Una vez Magín hubo contemplado todo esto y la fuente, monumental del centro de la plaza, y los enormes candelabros del alumbrado por gas, sintió que en su corazón se derramaba la más consoladora esperanza.

-Vamos a ver, -se decía-, Magín: es cuestión de sentar la cabeza: la ciudad es grande, es bella, es rica: es la ciudad que te conviene, porque el dinero abunda en ella, pero, ¿qué ocupación puede resultarte aquí más lucrativa? Tú sabes leer, escribir y contar perfectamente, y pudieras entrar en un despacho, en un banco, en un gran comercio... Mejor sería en un comercio porque pronto te darían el tanto por ciento de las ganancias, y al poco tiempo tendrías un capitalito con que establecerte, y una vez establecido, con un poco de talento habrás alcanzado la fortuna apetecida. Lo que [31]cuesta es el primer millar de duros, después, el dinero viene solo!

-Vamos a ver, -se decía [29]

Así decía Magín, así pensaba el iluso Magín que bien merecía ser hermano de aquella lechera que quería realizar tan pingües ganancias con un solo cesto de huevos y de la cual nos habla la fábula.

¡Cuán bello es fantasear, amigos míos! Nada halaga tanto el espíritu del niño como la ilusión: La infancia es algo inquieta y tiende siempre a lo imposible, a lo irrealizable; por esto la razón debe frenarla y someterla a la realidad de la vida, porque sólo en la realidad puede hallarse la dicha apetecida.

Cuando el soñador sentado en su poyo había llegado ya a ser rico en alas de su fantasía, un dolorcito de estómago le recordó que desde el día anterior no había probado nada.

¡Canario! -exclamó Magín- ¡Hay que darle algo a este tirano! ¡Qué manera de atormentar! Alejóse de la plaza, compró un panecillo, un pedazo de embutido y pegando ora bocado al uno ora al otro, continuó recorriendo la ciudad admirándose del tránsito que en sus calles había.

De pronto al doblar una esquina hirió su vista [32] un rótulo blanco colocado en un entresuelo, en el cual leyó escrito con grandes letras negras lo siguiente:

Agencia de colocaciones

-¡Soberbio! -no pudo menos de exclamar Magín.- ¡Eso se llama una ciudad bien montada!

Aquí no hay necesidad de conocer a nadie ni entrar de tienda en tienda pidiendo trabajo; subes a la agencia y en paz.

Engulló a toda prisa el último residuo de morcilla y de pan y con aire de triunfo subió a la agencia de colocaciones.

Una vez hubo penetrado en ella, se halló en un espacio cerrado por altas vidrieras en las que había abiertas tres ventanillas.

Asomóse Magín a una, empinándose sobre la punta de sus zapatos claveteados y con voz fuerte dio los buenos días.

Un hombre de unos cincuenta años, calvo, con patillas blancas y cara de caballo, salió a su encuentro, diciendo:

-¿Qué quieres muchacho?

-¡Qué he de querer, señor! ¡Colocación!

El hombre hizo una mueca de disgusto.

-¿Cuál es tu oficio? [33]

-Esto abunda poco...

-Yo he venido de lejos, señor y quisiera entrar en un comercio.

-¿De qué clase?

-Me es igual.

-¿Sabes leer, escribir y contar?

-Al dedillo.

-¿Y escribir a máquina?

-¿Cómo?

-Escribir a máquina.

Magín, que nunca había oído hablar de tal cosa, quedóse un momento perplejo, pero contestó luego resueltamente.

-Eso, no.

-¿Conocerás perfectamente todas las calles de la ciudad?

-¡He llegado esta mañana!

-¡Malo, malo! En fin, miraremos.

Yo, señor, quisiera una casa bien grande, [34] donde se pudiera subir aprisa y dieran un tanto por ciento a los dependientes.

-Esto abunda poco.

-Lo mismo da que sea un banco y que un despacho, un almacén que un comercio.

-De momento nada de esto podemos ofrecerte; pero, miraremos, chico, miraremos.  
¿Cómo te llamas?

-Magín Rondeño, para servir a usted.

-Y ¿dónde vives?

-¿Para qué? ¿He de vivir en alguna parte antes de colocarme?

-Pues, naturalmente. ¿Dónde te mandaremos el recado?

Segunda interrupción de Magín.

-Mañana pasaré yo mismo: no tengo casa todavía -respondió.

-Mañana es demasiado pronto.

-Pues, pasado...

-Vuelve de ahí a ocho días.

-¡Cómo! ¿he de esperar ocho días? ¿Y qué haré durante este tiempo?

El hombre arrugó la frente por toda contestación y alargó un papel a Magín.

-¿Qué es esto, señor? [35]

-El recibo de las dos pesetas que tienes que pagar.

-¿Yo? ¿Para qué?

-Para buscarte la colocación que deseas.

-Pero ¿se tiene que pagar esto?

-¡Por adelantado!

Magín creyó que las vidrieras le caían encima, pero, conociendo que no tenía otro remedio que pagar, aflojó las dos pesetas, salió de la agencia, y con el recibo en la mano bajó los escalones de tres en tres.

## 5. El primer negocio

Poco tardó en consolarse Magín del quebranto de las dos pesetas; por fortuna él tenía reunida alguna peseteja que, unidas a las que sus buenos padres le pusieron en el lío, alcanzaron a diecisiete y céntimos. Había gastado dos a la llegada, algunos céntimos para comer el segundo día, dos para la colocación y le quedaban unas doce.

Con doce pesetas tenía él de sobras para pasar los ocho días que tardaría en colocarse. [36]

El aventurerillo de secano no dudó ni un minuto de tener la colocación asegurada.

Lo que él se decía:

-Si no era para colocarme ¿a qué cobrarme las dos pesetas?

Con la idea fija de que ya podía darse por colocado, continuó paseando por la ciudad, alejándose empero del centro de la misma e internándose en los barrios obreros.

En una calle humilde, pero limpia y espaciosa, dio con un rótulo que fue para él una revelación. Era un rótulo de cartón escrito a mano, que pendía de una modesta casa de comidas.

El rótulo salvador decía: Comida y cena peseta y media.

-¡Maravilloso! -exclamó en un arranque de alegría nuestro Magín. - Me faltan siete días para colocarme que, a peseta y media hacen diez pesetas con cincuenta céntimos: ahora sólo me falta preguntar cuánto va a costarme la cama.

Entró, en efecto, con aquel aire decidido que tenía, y preguntó a la dueña cuánto iba a cobrarle por ocho días de comer y dormir.

A la dueña que estaba en el mostrador cayóle en gracia Magín y le contestó que doce pesetas. [37]

Sacó nuestro hombrecito las doce pesetas de su chaleco y las echó sobre el mostrador. - Me quedo por ocho días- dijo.

-¿Pagas ya?-preguntó la señora. No lles tanta prisa; aquí se cobra el sábado y hoy estamos en martes.

Magín embolsó su dinero con el mayor aplomo y cerró los tratos para vivir ocho días en la casa de comidas, pues eran los que necesitaba esperar para colocarse.

-Y ¿dónde vas a colocarte, amiguito?-preguntó la dueña, mujer de unos cincuenta años en extremo simpática.

-¡En un banco!

-¡Ganarás buen sueldo!

-¡Ya lo creo, señora! Las esperanzas son excelentes.

-Irás bien recomendado, ¿verdad?

-Así, así... contestó Magín, algo molesto por la sencilla pregunta, al recordar que no conocía a nadie en la ciudad.

La entrada de algunos parroquianos cortó la conversación. [38]

Durante seis días Magín llevó una vida de príncipe; dormía tranquilamente sin pensar en el porvenir y contando las horas para volver a la agencia de colocaciones. Levantábase algo tarde, almorzaba, comía y cenaba con regularidad, y hasta llegó a hacerse querer de sus compañeros de hospedaje.

El que más predilección le demostraba era un mozo de unos veinte años, vendedor ambulante de quincallería que, según contaba, se hacía con la mar de dinero cada semana.

-Eres un tonto -le decía a Magín- en esperar esta colocación; serás un esclavo toda la vida.

-Pero ganaré dinero, replicaba el niño.

-¡Quiá! no hay nada como el comercio. Mira, a mí, cada duro se me vuelve diez pesetas; gano el ciento por ciento!

-¡Diablo, ganar es! Y ¿vendes mucho?

-Unos tres duros diarios: si quieres yo te asociaré a mi negocio.

-No tengo dinero.

-Por poco que tengas.

-Solo me restan doce pesetas que guardo para pagar el hospedaje.

-Dámelas, y de aquí a pasado mañana habrás doblado tu capital. [39]

-¿De veras?

-Como lo oyes: después, cuando tengas algunos duros, puedes establecerte por tu cuenta, ensanchar el negocio conmigo, poniendo una tienda.

Habrás doblado tu capital

-¡No está mal! Eso quisiera yo, un comercio, una tienda cargada de género...

-Yo pienso tenerla en breve. ¿Me das las doce pesetas?

-Ahora mismo. [40]

Entregó Magín su capital a su improvisado amigo, quedándose tan solo algunos céntimos y salió a la calle para continuar sus exploraciones por la ciudad.

A la hora de cenar no compareció el vendedor ambulante pero, Magín creyó buenamente que se hallaría lejos y acudiría más tarde; y se acostó tan tranquilo.

Al día siguiente el quinquillero no estuvo ni a la hora de almorzar, ni a la de comer. Magín un tanto alarmado corrió al mostrador a preguntar por él.

-Ayer partió para su pueblo- respondió la dueña de la casa de comidas.

-¿Qué dice usted? ¿Se fue de la ciudad?

-Si, el pobre no vendía nada y apenas si pudo reunir para pagar el tren. Está tan mal el negocio...

-Magín creyó que el techo iba a desplomársele encima.

-¡Y yo que le di mis doce pesetas!

-¿Le diste tu dinero?

-Todo no... -se apresuró a decir el chico, temeroso de que le echasen de la casa.

-Mal hecho, porque otros le habían prestado ya. [41]

-¡Me lo pidió para ensanchar el negocio!

La dueña no pudo contener una carcajada.

-¡Te has lucido, amigo!

-¡Por fortuna mañana me coloco! -terminó diciendo Magín.

-¿Estás seguro de ello?

-¡Tan seguro como ese bribón me ha robado mis doce pesetas!

-¿En un banco?

-No sé a punto fijo si será en un banco o en un comercio, pero me consta que me coloco.

Despidióse el chico de la señora y salió a la calle murmurando:

-Hay que andar ojo avizor en esta ciudad. ¡Caracoles! En cuanto esté en el Banco, procuraré ser más listo, si no, ¿cómo ahorraría nada? [42]

## 6. No hay colocación

Subió Magín la escalera de la agencia de colocaciones con aire triunfal, empujó la puerta que estaba entornada, y se halló en el reducido espacio que las vidrieras cerraban por todos lados.

Las ventanillas estaban corridas, y el chico, poniéndose de puntillas, llamó en una de ellas con los nudillos de los dedos.

Un joven de unos veinticinco años asomó la cabeza, y al ver al que llamaba, con agrio acento le preguntó qué quería.

-Buenos días, señor exclamó el aventurero: -soy Magín Rondeño.

-¿Y quién es Magín Rondeño?

-Estuve aquí el otro día...

-¿Para qué?

-Para que me dieran una colocación.

-¿Pagaste las dos pesetas?

-¡Ya lo creo!

El joven, que tenía cara de pocos amigos, retiróse de la ventanilla y consultó una lista.  
[43]

-No hay nada, muchacho.

-¡Cómo! ¿no hay nada? Me dijeron que volviera de aquí a ocho días.

-Perfectamente; pero no ha salido cosa alguna que pudiera servir para ti!

¿Y tendré que aguardar mucho?

¡Quién sabe! tienes más de diez chicos delante, que esperan colocación.

¿Y los colocarán ustedes primero?

¡Ya lo creo!, como que van pagando sus dos pesetas semanales, y guardando turno

-¿Tengo que pagarlas yo también?

-Si quieres continuar en la lista...; hoy finaliza tu plazo.

-¡Caracoles!-exclamó Magín, que era su dicho favorito. -¡Hasta para colocarse se necesita dinero! Diablo de ciudad, que manera de vaciarle a uno los bolsillos!

Viendo el joven de la ventanilla que Magín hablaba consigo mismo, cerróla y lo dejó solo entre las vidrieras como un ratón en la ratonera.

El chico comprendió que nada tenía que hacer allí, que había sido el de la colocación un negocio como el de la quincallería, y abriendo la puerta, descendió lentamente la escalera. [44]

Una vez se vio en la calle, dióse cuenta de la magnitud de su desgracia; no tenía colocación ni probabilidad alguna de tenerla; no tenía dinero ni esperanzas de obtenerlo y no podía regresar a la [45] fonda, porque le vencía la semana y no podía pagar el hospedaje.

Descendió lentamente la escalera [44]

Nuestro soñador amigo, reflexionando acerca de todo esto, sintióse presa de una profunda tristeza y pensó en sus padres, en sus hermanos y en la mísera hojalatería.

Dos gruesas lágrimas de despecho rodaron por sus mejillas, y con paso vacilante se dirigió hacia las afueras de la ciudad, deseoso de huir de ella y continuar sus aventuras en otra parte.

-¡He sido un necio! -decía. -¡Tres cosas he hecho lleno de ilusión, y sólo he logrado tres disgustos terribles: aquel ladrón del primer día, me dejó sin ropa, el de ayer sin dinero, y esos de la agencia, sin colocación! ¡Y yo, que pensaba escribir hoy a casa la primera carta!

Y, Magín, iba diciendo pestes contra los que le habían perjudicado, contra la ciudad que los albergaba y contra su mala fortuna.

Como todos los necios, nuestro amigo echaba a los demás culpas que en el fondo eran solo suyas. El que quiere seguir mundo debe bastarse a sí mismo; debe conocer de una ojeada a los timadores; debe desconfiar de los amigos improvisados y de los protectores llovidos del cielo, y más aun hallándose [46] en poblaciones desconocidas: debe saber que, para lograr una colocación, es necesario conocer a alguna persona que se interese por uno, o cuando menos, la población en que se busca, y Magín lo esperaba todo de la buena ventura, sin poner nada de su parte para lograr sus deseos.

Andando de calle en calle, llegó el afligido muchacho frente a la estación del ferrocarril y una idea luminosa hirió su pensamiento.

-Si tuviera dinero -pensó- tomaría el tren y me iría a otra ciudad. Aquí ya nada tengo que hacer; además no puedo pagar el hospedaje: ¿qué voy a decirle a la patrona? ¡Tan bien como se ha portado conmigo! ¡Me sabe mal quedar así con ella pero, no tengo remedio!

Después de pensar todo esto, vio la lista de las estaciones que recorría el ferrocarril, con la distancia en kilómetros al lado y el precio en pesetas y céntimos.

-Sí, -decía- con dos o tres pesetas podría irme más lejos; podría llegar a T: es una ciudad simpática, hay mucha fabricación y ahora ya tengo experiencia ¡Caracoles! ¡Debe pasarse el aprendizaje!

Así diciendo, Magín daba vueltas por el vestíbulo [47] de la estación, como si buscara algo que se le hubiese perdido.

El pobre iluso buscaba sin saberlo la colocación que creía tener ya en la mano y que se le escurrió como una anguila entre los dedos.

Por dicha suya, siempre tenía la esperanza de que al fin y a la postre lograría realizar sus ambiciones, y esto le consolaba pronto de sus amarguras.

Con la ilusión, pues, de que todavía pudiera tener alguna peseteja en el bolsillo, comenzó a rebuscar en los que traía encima, reuniendo noventa céntimos en calderilla.

Pero, en la punta del chaleco halló una cosa dura: algo así como una medalla que había sido cosido allí por alguien; por su buena madre, sin duda!

Rompió con la punta de un alfiler el hilo de la costura, metió los dedos en el forro y sacó una magnífica moneda de dos pesetas.

-¡Alabado sea Dios! -exclamó-. Ya tengo el problema resuelto; y se precipitó a la ventanilla pidiendo pasaje para T, abonando las dos pesetas y cuarenta y cinco céntimos que valía.

Una vez instalado en el tren y cuando el convoy [48] se ponía en marcha, sintióse Magín dichoso, y con gesto de desprecio volvió la espalda a la ciudad.

Sus ilusiones, sus esperanzas, estaban en T.

¡Cuántos infelices Magines andan por esos mundos de Dios! ¡Cuántos desgraciados se creen dichosos con tener para el día y no piensan en mañana!

## 7. Nueva tentación

Cuando Magín se apeó del tren y se internó en la ciudad de T. había empleado bien su tiempo y no iba solo.

Durante el trayecto el pequeño aventurero trabó amistad con un comerciante de la ciudad, al cual le hizo tanta gracia el donaire y la confianza en sí mismo del muchacho, que lo llevó a su casa, tomándolo por aprendiz.

Tenía el buen señor, que se llamaba Adolfo, un gran almacén de paños con venta al por mayor y al detalle, y en esta última sección colocó a nuestro amigo, el cual procuraba cumplir su obligación deseoso de que le señalasen cuanto antes un buen sueldo.

La vida de aprendiz de comercio no es muy [49] halagüeña, que digamos: levantarse a las siete, barrer la tienda, fregar los cristales, abrir la puerta, y esperar durante el día al comprador, comer y cenar a toda prisa, y luego, colocar cada cosa en su sitio para el día siguiente.

¡Y esto para la comida y el vestir solamente!

Magín, escarmentado, hallóse al principio como el pez en el agua, y más todavía al ver que le compraban un traje nuevo y que iba limpio y planchado de camisa y lustroso de calzado.

Era de ver la prosopopeya con que el domingo iba a misa con sus compañeros: no hay pavo real que pasee con más majestad su hermosísima cola, que Magín paseaba su vestido dominguero y sus enlustradas botas, sin clavatear, por supuesto.

Cada quince días escribía a sus padres y conforme a su carácter, les pintaba en todas ellas el más brillante porvenir en breve plazo.

Así pasó el primogénito del hojalatero dos años sin correr aventura alguna, cobrando en el segundo tres duros mensuales que guardaba con el mayor cuidado como una reliquia.

Decimos mal, no guardaba más que dos porque del otro compraba mensualmente un décimo de la [50] lotería nacional. No podía resistir a la tentación de probar fortuna.

Es lo que él decía, en sus necias filosofías.

Magín paseaba su vestido dominguero

-¿Qué me importan doce duros más o menos al año? Si me cae en cambio la primera suerte, tengo de momento tres mil duros. ¡Una fortuna, como quien dice! Y aun cuando no me toque la primera, ni la segunda, ni la tercera: ¿No me corresponderá [51] una suerte menor en un año? Pues con ella hago las paces casi de lo gastado.

No había abandonado Magín, como vemos, la idea de enriquecerse, mas por esta vez, apelaba al más absurdo y al más inmoral de los medios; al vil juego,

La lotería, amigos míos, no es más que un juego cruel e inhumano, como todos, pues para que uno saque un premio, se hace preciso que muchos centenares y a veces miles de personas pierdan miserablemente su dinero.

Es decir, que el que se enriquece con la lotería es a costa de un sin fin de desgraciados que han echado al pozo sin fondo de la ambición, unas pesetas que podían haberles servido de grande utilidad para comprar algo necesario.

Mas, son tantos los ilusos jugadores de la lotería, que los discursos de los sensatos en contra de la misma, se pierden en el vacío.

A Magín, como a iluso de buena cepa y soñador empedernido, eso de la lotería le traía loco, y en cuanto tenía un décimo en su poder, comenzaba a hacer sumas y restas con las cifras del mismo, para saber si le tocara algo; y, ¡cosa rara! siempre acababa por creer que por aquella vez la cosa no podía [52] fallar, que algún premio iría a parar a su faltriquera!

Venía el sorteo, se publicaba la lista y nada... erraba de muchos puntos... o de pocos, según; y sentía una profunda tristeza como la del inocente niño que va a coger una mariposa, que ya la tiene bajo su mano y se le escapa bonitamente batiendo sus alas empolvadas de colores.

Aquel año fue una verdadera locura la afición que se desarrolló en la ciudad de T. por el sorteo de Navidad. Apenas hubo tienda que no tomara un billete para distribuirlo entre sus parroquianos y su dependencia.

Magín, preguntó un día en la mesa a su principal, si pensaba comprar algún décimo del sorteo de Navidad.

-¡Dios me libre! -respondió el señor: -aborrezco el juego y más aún los de azar: la mejor lotería, la más segura, porque nunca falla, son la actividad y el ahorro.

-Nadie puede enriquecerse así, -replicó Magín.

-¿Quién lo dice? La fortuna por este camino es lenta, pero positiva: lo que cuesta es reunir el primer dinero. [53]

No quiso Magín insistir, pero para sus adentros formó la resolución de tentar la suerte por todos los medios y en apuntaciones de a peseta, de a dos y de a cinco gastó cuanto dinero tenía.

¡Qué decepción para Magín y los millares de jugadores de T! Aquella fue para ellos la más triste de las navidades, pues no le correspondieron a la bella población más que unos reintegros y algunas últimas suertes.

A Magín, por irrisoria burla, le devolvieron un duro de los diez que el loco había invertido en apuntaciones; ¡todo su capital!

¡Había perdido miserablemente los honorarios de un año!

El desengañado jugador al hallarse solo, maldijo su tentación, y juró y perjuró que en adelante no compraría un solo décimo.

Quería ser un joven laborioso y económico, y adquirir dinero.

Él había nacido para rico y lo sería. ¡Vaya si lo sería! [54]

## 8. Magín cambia de profesión

El tercer año ganaba ya nuestro amigo ocho duros mensuales y la comida.

Era un pollo de dieciséis abriles muy hombruno, que aparentaba tener diecinueve o veinte. Esto hizo que pasase delante de otros aprendices que por su pequeña talla no podían salir de tales.

En cambio, Magín ganaba más que ellos y estaba a punto de ser oficial de la tienda, con quince duros mensuales, vestido y alimentado.

No era esta una posición despreciable para un joven que, como él, había nacido en la miseria: además, andando el tiempo podía ser encargado de almacén con cincuenta duros por mes y el uno por ciento de las ganancias... su sueño dorado.

Pero él no quiso esperar a tener cuarenta años para ganar cincuenta duros: era esto muy poco para un hombre como él; a los cuarenta años ya viviría de sus rentas.

Con esta idea fija, comenzó nuestro chico a estar descontento de su situación, y a pensar en la [55] manera de buscar algo que fuese más productivo, cosa que comunicó a Jesús, un compañero, suyo, algo mayor que él.

Jesús era hijo, de unos campesinos acomodados; podía contar con el apoyo de su casa si se le ocurría cambiar de profesión y pasaba con ello algunas vicisitudes: en cambio Magín, ¿qué podía esperar de sus padres?

Jesús y Magín trabaron íntima amistad y acabaron por tomar la decisión de cambiar el modo de ganarse la vida.

-¡Ya tengo el medio! -dijo Magín una noche al acostarse.

-¿Cuál? - preguntó Jesús.

Por toda respuesta el hijo del hojalatero alargó a su amigo la plana de anuncios de un diario, señalándole uno que decía:

«Compañía de Seguros extranjera necesita agentes laboriosos: ganarán espléndidas comisiones. Calle cual, número tal.»

-¿Qué te parece?

-Hay que ir a verlo y pedir explicaciones.

-He ido ya.

-Y, ¿qué tal?

Me parece aceptable; dan el cincuenta por [56] ciento del valor de cada seguro sobre incendios y el más pequeño es de cinco duros.

-Y ¿cuánto crees tú -observó Jesús- que puede ganarse en un mes?

-De ochenta a cien duros.

-No lo veo claro...

Magín sacó una hoja de papel llena de números y demostró a Jesús por  $A + B$ , que por lo bajo podían hacerse de treinta a cuarenta seguros mensuales y correspondiéndole por los más pequeños dos duros y medio, la cuenta era cabal.

Jesús no pareció opinar como Magín y determinó quedarse en la casa.

-¿Con qué no quieres probar fortuna? -preguntóle nuestro amigo.

-No me parece éste buen negocio.

-Pues a mí sí; esta tarde misma voy a cerrar tratos y despediré a mi principal.

Después de cenar, Magín, con la mayor frescura, delante de la esposa de su protector y de toda la dependencia, le hizo saber al principal que había resuelto dejar la casa. [57]

La sorpresa del buen señor fue grande.

-¿Te ha ocurrido algo, Magín? ¿Estás descontento de mí?

-Nada de eso - respondió el soñador. No puedo resistir más esta vida de sujeción y este sueldo tan exiguo que disfruto. En cuanto a usted, le estoy muy reconocido.

-¿Y qué piensas hacer? -preguntóle cariñosamente la señora, que le quería mucho.

-Estoy ya colocado en una compañía de seguros.

-¿En el despacho? -interrogó el señor.

-No; como agente asegurador.

-¡Infeliz! -exclamó el dueño-. Dejas lo seguro por lo inseguro: la tranquilidad de mi casa, donde puedes ahorrar un centenar de duros al año por lo menos, siendo juicioso, la truecas por la inseguridad de una comisión!

-¡Me dan el cincuenta por ciento del valor del seguro!

-Y ¿qué le hace?, ¿crees que es cosa fácil asegurar una casa o un establecimiento? Piensa que los que tengan ganas de asegurarse, ya lo están y sólo falta asegurar los tercios y los que no creen que pueda ocurrirles un incendio. [58]

-Estoy ya comprometido ¡señor! el primero de mes comienzo mi trabajo: ahora, por la noche, estudiaré las tarifas para conocer las primas: es cosa sencillísima.

Estoy ya colocado

Comprendió el dueño del almacén que nada [59] haría retroceder al aventurero en su propósito y cerró la conversación diciendo:

-Haz lo que te parezca, amigo mío.

-Piensa, sin embargo -añadió la señora-, que aquí siempre te recibiremos con los brazos abiertos.

-Muchas gracias, señora.

-Que vale más pájaro en mano que buitre volando, que no se ganó Zamora en una hora, tienes que pensar -arguyó el señor.

-No están mal estos adagios: -dijo riendo Magín- pero yo también tengo el mío.

-¿Cuál es? -preguntaron a coro los compañeros de dependencia.

Magín se puso serio y con solemne entonación dijo:

-¡Quién no se aventura, no pasa la mar!

¡Magnífico adagio, hijo mío! -concluyó el señor entre las risas de sus dependientes -pero sabe, que la mar no la pasaría el que se aventurase, si por encima de él, no hubiera un inteligente capitán que guiara la nave!

-Eso es lo que a ti te falta -continuó-, un buen capitán que guíe la nave de tu vida, esto es, un cerebro sano y equilibrado que regularice todas [60] tus acciones y te haga obrar con la debida reflexión.

Un hombre es algo más que uno de esos globos de papel llenos de humo que van a donde les lleva el viento.

#### 9. Magín Rondeño. Agente de negocios

Cerca de dos años hace que el veleidoso Magín ejerce su nueva profesión y aun cuando le costó en los comienzos mucho, hacer algún seguro, adquirió luego práctica y logró ganar dinero para vivir; eso sí, la cuarta parte de lo que él creía, por lo cual tuvo que llevar una vida penosa e intranquila.

Magín estaba en una modesta casa de huéspedes, donde la comida era mala y escasa, y como sus ingresos resultaban irregulares, no podía vestir bien, ni jugar a la lotería de vez en cuando, y esto le tenía intranquilo y violento. ¡Cuántos desengaños le costaba su nueva profesión y cuántos ratos de amargura!

A lo mejor, hallaba el agente de seguros en su camino un edificio o un establecimiento por asegurar; comenzaba preguntando por el dueño exponiéndole [61] el motivo de su visita: hablábale luego del peligro de los incendios, de lo frecuentes que son, de la gran cantidad de siniestros cuyas pérdidas abonó la Compañía por él representada, y dejaba medio convencido al futuro asegurado, quedando en verse de nuevo.

Y venía la segunda visita, y la tercera y la cuarta y a veces acudía diez, veinte, treinta veces a ver al nuevo cliente, hasta que éste, cansado de la impertinencia, acababa por mandarlo a paseo.

Entonces el castillo de naipes del flamante negocio se desplomaba ante los ojos de Magín y los cinco, diez o quince duros de comisión se evaporaban por los aires.

Cada vez que una de estas desgracias le ocurría, pensaba en la tienda de paños, en que ya ganaría veinte duros mensuales y la vida, y una oleada de arrepentimiento por haber dejado aquel comercio, inflamaba su cerebro por breves momentos.

Uno de los inconvenientes con que topaba en su profesión de asegurador, era su poca edad, pues aun cuando se esforzaba en parecer respetable, se veía que no había cumplido los veinte años.

No obstante, esperando siempre tiempos mejores, [62] el perseguidor de la fortuna, se consolaba un tanto cuando lograba hacer algún seguro, y escribía a su casa de vez en cuando, eso sí, diciendo que los asuntos le iban viento en popa.

Una mañana en que extendía Magín la póliza de un seguro que había logrado formalizar el día anterior, vino la patrona diciéndole que un caballero preguntaba por él.

Salió el joven al encuentro del recién venido, y reconoció en él a un compañero de café.

Porque Magín iba al café con tanta frecuencia como podía, convencido de que allí acabaría por hacerse con alguna ocupación lucrativa, cuando en realidad lo que hacía, era tirar el dinero y cultivar amistades dudosas.

No os fiéis hijos míos de los hombres que se pasan largas horas en los cafés, porque serán cuando menos, unos holgazanes o unos jugadores.

-¡Amigo mío! -exclamó el visitante abrazando a Magín-, tenemos que hablar.

-Usted dirá, -y Magín le ofreció una silla. [63]

-Es muy sencillo lo que voy a decirle: ¿usted tiene el día libre?

-¡Amigo mío!

-Completamente; hago mis seguros, cobro la comisión y en paz. [64]

-Muy bien: en la casa de negocios, donde estoy de gerente, hay una plaza vacante y me parece que le vendría a Vd. como pedrada en ojo de boticario

-¡Caramba, si es así!

-¡Ya me entiende! vamos, en pocas palabras, porque llevo prisa: necesitamos un agente de confianza absoluta, para viajar... Un inspector que diríamos, para visitar las sucursales a menudo.

-No me iría mal...

-Muchos son los que pretenden la plaza, pero yo le prefiero a usted, porque le conozco y sé que es honrado, activo, prudente...

-Muchas gracias.

-No se sonroje usted, hay que decir la verdad: además usted es joven y tendrá ganas de prosperar...

-¡Ya lo creo!

Bueno, pues, para terminar: el sueldo es por el momento de cincuenta duros mensuales; viajes y fondas de segunda y un tres por ciento en los negocios que nos proporcione.

-¡Magnífico! -exclamó Magín abriendo unos ojos como naranjas. [65]

-¿Acepta usted en principio?

-¡No faltaba más!

-Esta tarde le espero a usted en la gerencia, para darle instrucciones. ¡Adiós!

El visitante, como un torbellino, desapareció del cuarto de Magín, dejando entre sus manos una lujosa tarjeta que decía:

AGENCIA DE NEGOCIOS  
Capital 11.000.000 de pesetas

Compra y venta de fincas y terrenos; descuentos de letras y pagarés;  
prestamos hipotecarios; negociación de capitales, et., etc.

Luego seguía el domicilio.

-Magín daba vueltas como un ebrio a la tarjeta, exclamando loco de alegría:

-¡Bien hice en irme de la pañería! Verdad que he sufrido un poco durante estos dos años, pero, por último voy a salirme con la mía; estoy ya espléndidamente colocado. ¡Cincuenta duros al mes! ¡Viajes y fondas pagados y el tres por ciento en los negocios que yo traiga a la casa! ¡Magnífico! ¡Piramidal! [66]

Y Magín se puso a bailar haciendo las castañetas con los dedos.

Diez minutos después se hallaba en la calle: corrió a cobrar el seguro, metióse la comisión en el bolsillo, y más feliz que un príncipe del Congo, entró en la primera imprenta que le vino a mano y se mandó hacer unas magníficas tarjetas que dijeran:

MAGÍN RONDEÑO  
AGENTE DE NEGOCIOS

#### 10. El señor gerente

Seis meses se habían pasado desde que Magín se colocara en la agencia de negocios y la cosa no le podía ir mejor: cobraba puntualmente sus cincuenta duros, que le sobraban por entero, porque se pasaba las semanas viajando, y le había prometido el gerente aumentarle el sueldo.

El muchacho, orondo y satisfecho, visitaba los corresponsales, se enteraba de los negocios por

Se mandó hacer unas magníficas tarjetas

[69] ellos propuestos, les transmitía las órdenes recibidas de la gerencia, y luego, permanecía tres o cuatro días en la población, para descansar de su trabajo.

Podéis contar el gozo interno que sentía Magín al verse en camino de enriquecerse.

¡Qué puntapié daría a la tienda de su padre dentro de algunos años!

Porque él había trazado ya su plan; procuraría hacerse con un capitalito, y una vez dominase los asuntos y tuviera una buena relación, se establecería por su cuenta.

Entonces ¡claro!, colocaría a sus hermanos a su lado y compraría una linda casita con jardín, en un pueblecillo bien alegre, para que se retirasen a vivir allí sus padres queridos.

Como se ve, la fantasía del muchacho no dejaba de ser pródiga, como siempre, en pintarle un porvenir lisonjero.

El gerente no cesaba de elogiar el celo y la actividad de Magín, y una vez hubo visitado las diez o doce poblaciones donde la casa tenía corresponsales, le propuso ponerse al frente de una de ellas, la más importante de todas.

Magín vio en la proposición un ascenso aprovechable y respondió: [70]

-No hay inconveniente alguno, siempre y cuando el sueldo sea mayor que el que disfruto.

-¡Ya lo creo! Cien duros mensuales y el cuatro por ciento de los negocios que usted proporcione.

-Me parece bien.

La casa, amigo Magín, se halla muy satisfecha de su celo y su actividad, y mis señores socios, los capitalistas, se sienten por mediación mía dispuestos a protegerle. Es usted un joven de porvenir.

-Mucho me halaga el que estén ustedes contentos de mis servicios.

-No hablemos más de ello: prepare usted el viaje y dispóngase a trabajar de lo lindo; ya sabe usted que los negocios que la casa prefiere, son los préstamos sobre fincas y la negociación de capitales: sobre todo, este último ramo, en el que se ofrece un interés tentador que nadie más que nosotros puede dar.

-Muy bien.

-¿Estamos entendidos?

-Entendidos.

-Pues, hasta la partida: ya le daré a usted instrucciones completas. [71]

Es Vd. un joven de porvenir

El gerente estrechó la mano del joven y le dejó solo en el despacho.

Magín cogió un pliego de papel con el rótulo [72] de la agencia y escribió con el aplomo de un ministro la siguiente carta:

«Mis queridos padres: Con el corazón lleno de gozo, les escribo para decirles que mis negocios marchan como no podía imaginar: el señor gerente, que me quiere mucho, me manda a M. para que me ponga al frente de la sucursal; me da cien duros mensuales y el cuatro por ciento; por este camino a los treinta años tendré una fortuna.

Supongo recibieron las 1.500 pesetas que les mandé para redimirme del servicio de las armas; eran todas mis economías de seis meses.

No puedo ser más largo porque estoy agobiado de trabajo: en cuanto esté instalado en M. escribiré. Un abrazo para Colás y Roque, y ustedes reciban el corazón de su hijo que les ama y B. S. M.

MAGÍN.»

Unos ochos meses llevaba ya en M. nuestro afortunado amigo, al frente de la sucursal.

M. era una población grande, pero eminentemente agrícola, lo cual hacía fácil la negociación de capitales, porque los campesinos acudían en tropel a llevar a Magín su dinero, tentados por el [73] ocho por ciento que la casa ofrecía y que pagaba religiosamente.

Tampoco era difícil hipotecar fincas rurales, porque en aquella comarca, como en muchas, los hijos de los labriegos ricos seguían la mala costumbre de irse a la ciudad a vivir como unos señores, abandonando sus propiedades agrícolas en manos de la usura.

Gracias a estas circunstancias, todos los meses, además del sueldo magnífico de que disfrutaba, ganaba Magín unos centenares de pesetas en comisiones, que ingresaba en la caja al igual de setenta duros mensuales que ahorraba de su salario.

Magín, viendo los pingües beneficios de la agencia, iba colocando en ella los ahorros para aumentar más rápidamente su capital.

Así es que a los ocho meses, tenía ya interesadas en el negocio cerca de cinco mil pesetas.

Cada sábado, cuando hacía el saldo y remitía al gerente el dinero que había ingresado en caja, que no le era necesario, se frotaba las manos de gusto y decía:

-¡Esto marcha! ¡Ya lo creo que marcha! ¡Cualquiera sea corredor de seguros! No hay como el negocio, para enriquecerse! Y en cuanto [74] sea yo el amo y disponga de una agencia mía, será cosa de ver el dinero que voy a ganar. Entonces iré a visitar a mis padres y me presentaré en la vieja tienda en un carruaje de dos caballos.

Un sábado por la mañana, antes de preparar el saldo para remitirlo a la agencia, recibió un telegrama de la misma, en el que se le ordenaba remitiese en el acto cuanto dinero tuviera en su poder, pues se necesitaba por un negocio colosal.

-¡Canario! -exclamó Magín, que gerente y todo, era tan niño, como siempre. -¿Qué negocio será este que hasta se necesita el dinero de mi sucursal? Bá, bá; no dejemos más que quinientas pesetas en caja:

Reunió unas ocho mil pesetas, fuese al banco y con el aire de un milord las giró al gerente, a su protector querido, que le había hecho hombre.

Luego, determinóse a dar un paseo por los sitios más concurridos de la ciudad, hallándose a cada paso con algún cliente que le saludaba.

Entonces, el bobo de Magín se engreía y miraba a los demás paseantes por encima del hombro: parecíale que hasta las piedras le conocían y que cuando las pisaba con aire satisfecho se decían unas a otras: -¡Ahora pasa el señor gerente! [75]

Porque esto de ser gerente de una agencia de negocios, le tenía trastornado.

El bobo de Magín se engreía

Para él, era algo así, como ministro de Hacienda. [76]

#### 11. Magín se hunde

Apenas el lunes siguiente se había sentado ante su escritorio, Magín, el señor gerente de la sucursal, le avisaron que unos caballeros pedían por él.

Hízoles entrar el joven y ofreciéndoles asiento, les preguntó con amabilidad qué se les ofrecía.

Los caballeros, lejos de sentarse, permanecieron de pie frente a Magín: el más anciano tomó la palabra, diciendo:

-Soy el juez de este distrito y vengo a hacer un arqueo de la caja y a cerrar y sellar la oficina.

Nuestro amigo se puso pálido como un muerto y con apagada voz balbuceó:

-¿Cerrar y sellar la oficina? Y, ¿en virtud de qué, señor juez?

-¡En virtud de que la casa ha quebrado! ¡Imposible!

-¿No lo sabía usted?

-¡No, señor! ¡Pero, si el sábado me escribió el señor gerente!

-El señor gerente es un estafador que ha huido con el dinero de la central: abra usted la caja. [77]

-Nada hay en ella, señor Juez, -dijo con temblona voz Magín, abriéndola.

-Y ¿por qué no hay nada?

Nada hay en ella, Sr. Juez

-Porque fue remitido el sábado por la mañana todo el dinero al gerente.

-Lo presumía: la estafa ha sido completa. ¿Conocía usted a los socios? ¿Sabe usted quienes figuraban como capitalistas? [78]

-¡Nada, nada señor! Sólo conocía al gerente, era compañero de café y me brindó protección.

Pero, usted, ¿no quiso enterarse de la constitución de la sociedad? ¿No intentó conocer a los que servía?

-No se me ocurrió: ¡tenía tanta confianza en el gerente!

-Esto no es posible. Queda usted detenido.

¡Yo! -exclamó llorando Magín- ¡yo, detenido! ¡después que he perdido mis economías!

-Usted representaba aquí a la casa y tiene que responder de los capitales que se le entregaron.

-Pero, señor juez, considere usía...

-Nada puedo considerar ahora: tiempo tendrá usted de dar explicaciones, y si de ellas resulta inocente, se le pondrá en libertad.

Magín inclinó la cabeza sobre el pecho: dejó caer los brazos inertes y contempló vuelto un estúpido como se hacía el inventario, y se cerraba y sellaba la puerta de la oficina: luego, acompañado del alguacil pasó detrás del tribunal por todas las calles de la población, ingresando en los calabozos del Juzgado.

Ya no le parecía que las piedras hablaban de él al pasar: pero en cambio llegaban a sus oídos las [79] maldiciones de algunos clientes que se cruzaron con él y conocían ya la bancarrota de la flamante agencia.

Como era Magín en realidad inocente, púsole en libertad el juez antes que ingresara en la cárcel, pues se convenció de que el joven gerente no era un pillo redomado, sino un tonto de capirote que, llevado del anhelo de enriquecerse sin esfuerzo, cayó en las redes de los tres fulanos que constituían la sociedad.

Era cómplice, sí, de muchas estafas, pero un cómplice ignorante de las mismas; un cómplice inconsciente sobre el cual no podía caer el peso de la Ley.

En cuanto a los tres caballeros de industria que fundaron la agencia, se ignoraba en absoluto su paradero.

El golpe fue terrible para Magín: tanto que estuvo unos días en cama presa de la fiebre, contando sin cesar millones y millones de pesetas.

En cuanto le pareció a nuestro amigo que podía andar, arregló su maletín y con algunos duros [80] que le quedaban, tomó el tren en dirección a la ciudad en que vivían sus padres.

Su deseo se había cumplido

Durante el viaje, que fue de bastantes horas, lloró amargamente, y después de llorar, se entregó por primera vez a provechosas meditaciones, reconociendo que sólo había sido un necio infatuado. [81]

Llegó a la población natal y quiso dirigirse a pie a su casa: estaba débil y las piernas se negaron a llevarle; no le quedó otro remedio que tomar un coche.

Su deseo se había cumplido: Magín regresaba a su casa en carruaje, tal como se propusiera nueve años antes, al partir en busca de aventuras y de la codiciada fortuna.

Verdad que no volvía triunfante...

Esta amarga reflexión sumía al arrepentido muchacho en una serie de dolorosas reflexiones.

En tanto el viejo caballo iba recorriendo lentamente las calles de la tranquila ciudad para devolver a su casa al hijo pródigo hartado castigado, éste, recostado con abandono en su asiento, sentía sobre su corazón todo el peso de la derrota sufrida; ansiaba ver a sus padres queridos, a sus buenos hermanos, y una oleada de vergüenza subía a colorearle el rostro.

De vez en cuando cerraba los ojos como para dormir y, entonces, tomaban colores de realidad en su imaginación calenturienta sus aventuras [82] todas; y veía al chico que le hurtó el lío, al mozo que le hizo soltar las doce pesetas, al director de la agencia de colocaciones, y detrás de todos, aparecía con su rostro inflexible y el alguacil al lado, el digno señor Juez.

Cuando la severa figura del representante de la Ley cerraba la procesión de las visiones desagradables, Magín abría los ojos, miraba en torno suyo, y su corazón latía con violencia al notar que se iba acercando a la morada de sus padres queridos.

Entornaba, no obstante, de nuevo los ojos, pues su debilidad y los movimientos del carruaje le quitaban toda energía, y entonces, en su retina enferma, aparecían unas tras otras, las buenas personas que le habían endulzado los pocos días tranquilos de su agitada vida de aventurero empedernido, y veía perfilarse, adquiriendo tintes de realidad, las simpáticas figuras de la bonachona dueña de la fonda, a la que dejó de pagar el hospedaje, del excelente comerciante en paños y su buena esposa, del laborioso Jesús y sus dignos compañeros de trabajo, pasando junto a él unos tras otros, sonriendo irónicamente, como para echarle en cara su necesidad y su ambición. [83]

Magín sentía abrasársele la cabeza: se pasaba, nerviosamente la mano por el rostro y dos lágrimas de fuego caían de sus ojos, abrasando sus pálidas mejillas.

Es que recordaba la tonta jactancia de no querer volver a su casa como no fuese en carruaje, y en carruaje se veía, en un destartalado coche de alquiler que le volvía a su casa lentamente, para que pudieran verle y reírse de él cuantos conocían su partida.

Apenas enfiló la estrecha calle donde viera la luz, su corazón comenzó a latir con una violencia tal que estuvo a punto de desvanecerse

Por fortuna, nadie se fijó en él, y llegó sin ningún contratiempo al hogar paterno.

## 12. La familia

En la vieja calle de la vieja ciudad, todo estaba igual; para ella no había pasado el tiempo.

Pero, no, no estaba igual todo: la antigua hojalatería tenía ahora mostradores rebosantes de objetos de hojalata y de lámparas para gas. [84]

Apenas se detuvo el carruaje frente a la tienda, asomaron a la puerta Magín y su mujer, y a poco Roque y Colás, recibiendo todos al recién venido con los brazos abiertos.

-¿Estás malo? -preguntó la madre al ver el pálido rostro de su hijo que despedía al cochero.

-Del cuerpo no, ¡Madre mía! ¡pero llevo una herida profunda en el alma!

A renglón seguido, sin tomar aliento, narró Magín lo sucedido con la agencia de negocios.

Los padres y sus hermanos le consolaron del mejor modo, diciéndole que no se diera pena, que ellos andaban sobrantes de dinero, y que procurase ponerse bueno cuanto antes.

El derrotado aventurero giró la vista en torno suyo y vio en la tienda ensanchada una estantería llena también de lámparas: en el entresuelo de la tienda trabajaban holgadamente el padre y los dos hermanos, pues habían tomado el de la casa para habitación.

-¿A quién se debe este milagro? -preguntó el ex-gerente admirado del cambio que observaba en su casa.

-A Colás: al bravo Colás y a Roque: éste se hizo hojalatero en el mejor taller de la ciudad: [85]

¿A quién se debe este milagro?

[87] el otro quiso ser lampista, y con la dirección del pequeño y el trabajo de todos, hemos ido prosperando poco a poco.

¡El ejemplo de Colás ha regenerado la casa! ¡Ahí lo tienes: cuenta diez y siete años y parece un hombre!

Magín cubrióse la cara con las manos y arrepentido profundamente de sus correrías, exclamó con acento firme:

-¡Necio de mí que he perdido diez años miserablemente buscando la fortuna a tontas y a locas! ¡Estúpido de mí, que podía haber hecho antes que él lo que ha hecho Colás y levantarme de la miseria por mi propio esfuerzo, levantando a la vez a los míos!

La madre interrumpió las exclamaciones de su hijo, diciendo:

-¡Aún es tiempo, Magín; tienes sólo veintidós años! Búscate una colocación en un despacho, trabaja, economiza y vivirás feliz. La riqueza no da la felicidad.

Magín respondió:

-Dura ha sido la lección, padres míos, pero será provechosa porque vuelvo regenerado. Ahora venid todos a mis brazos; necesito que me confortéis [88] con vuestro cariño ¡Me siento desfallecer!

El padre, la madre, Roque y Colás abrazaron estrechamente a su hermano.

Y todos se prometieron no hablarle jamás de sus aventuras.

Mas, no creáis, queridos míos, que nuestro amigo pudiera colocarse en seguida. Los sinsabores sufridos con motivo de la quiebra de la flamante agencia, habían minado su

salud, y la enfermedad que le atacara por primera vez, cuando se vio libre de las manos del juzgado, se volvió a presentar a los pocos días de hallarse de nuevo entre los suyos, y hubo de pasar algunas semanas en cama.

Para su dicha, estaba ya en familia, y el cariño del padre, los cuidados de la madre y el amor inquebrantable de los hermanos ayudaron mucho a las medicinas, para lograr el total restablecimiento de su salud.

Era de ver cuando, ya convaleciente, paseaba por la salita de la casa del brazo de Roque o de Colás, lo que se interesaba para que sus hermanos [89] le refirieran con todo lujo de detalles lo que habían hecho en su ausencia.

De vez en cuando, interrumpía las ingenuas relaciones algún profundo suspiro que salía de lo más hondo del pecho de Magín.

-¿Te apenas, hermano? -preguntaba Roque o Colás, según quien fuere el narrador.

-Nada de eso, hermano mío, -respondía Magín- cada suspiro que sale de mi pecho, es una pena que se aleja.

-Así, -replicaba el otro- suspira cuanto quieras, si esto te alivia.

-¡Ya lo creo! Cuando haya echado el último suspiro que me queda, seré el de antes; es decir, no: seré un hombre completamente nuevo.

Con efecto; fue recobrando sus fuerzas, salió a la calle un día con sus, dos hermanos, y al verla inundada de sol, le pareció por primera vez hermosa y lanzó un ruidoso suspiro que alarmó a Colás y a Roque.

-No os alarméis, queridos, -exclamó Magín riendo- ¡es el último!

-¿De veras? -se atrevió a preguntar Colás.

-¿Es cierto, hermano? -interrogó a su vez cariñosamente Roque. [90]

-Tan cierto es, como me siento ya fuerte y vigoroso como en mis días más felices, en que me creía un ministro de Hacienda.

-No pienses en lo que fue.

-Lo pasado, pasado.

-¡Caracoles! -replicó jovialmente Magín: -no temáis ya que el pasado me amargue. Ya os he dicho que soy un hombre nuevo.

-¿De veras?

-Y ¡tan de veras!, figuraos que esta calle me parece hermosísima, ese sol que bate en ella, un chorro de oro, y esas cortinas de los balcones que el viento agita, banderas puestas por los vecinos para festejar el regreso de Magín el Aventurero.

Al oír tales palabras, sorprendentes por cierto en boca de Magín, Colás y Roque, le miraron de un modo extraño como si temieran que se hubiese vuelto loco.

El aventurero regenerado comprendió la intención de sus hermanos y soltando una sonora y alegre carcajada, les estrechó la mano a los dos con la mayor efusión.

-Ahora, -dijo con voz tranquila- sólo falta que trabaje de firme y me desquite del tiempo perdido. [91]

Ocho días más tarde se hallaba colocado en un despacho.

\*\*\*

Nuestro amigo cumplió como bueno, procurando recuperar el tiempo perdido con verdadero ahínco.

Ya sabemos que Magín era laborioso, y poseía por lo tanto la cualidad más indispensable para levantarse de la pobreza por el propio esfuerzo, y esa cualidad fue ciertamente lo que le salvó.

La tienda renovada

Otros ilusos y soñadores, como nuestro regenerado amigo, han arrastrado una vida de miserias y de trabajos por haberse dejado dominar por la pereza, ese vicio tan aborrecido de los antiguos, que incluso en algunas naciones era castigado con pena de muerte. [92]

Y hemos de alegrarnos de que Magín prosperase, porque no era malo el chico; por el contrario, poseía un excelente corazón, lo cual, unido a tener la, cabeza llena de viento, le hizo correr la serie de aventuras que forman este libro.

¡Oh! pequeños lectores; si alguno de vosotros tiene la cabeza ligera, como la tenía Magín, y como él, sueña con enriquecerse sin esfuerzo, corriendo una vida aventurera y caprichosa, mírese en este espejo y escarmiente en cabeza ajena.

La posición sólida pueden proporcionarla solamente el tiempo, el trabajo constante y la honradez.

La riqueza mal adquirida desaparece de la noche a la mañana, como la espléndida colocación de Magín.

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

